

Yukio Mishima

La perla  
y otros cuentos



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Manatsu No Shi*  
Traductores: Magdalena Ruiz Guiñazu y Antonio Cabezas  
[Excepto *Senbei de un millón de yenes* (traducido por Antonio Cabezas), la versión de los relatos al castellano es de Magdalena Ruiz Guiñazu.]

Primera edición: 2010  
Segunda edición: 2014  
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1953, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved  
© de la traducción: Magdalena Ruiz Guiñazu y Antonio Cabezas  
© Ediciones Siruela, S. A., 2008  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-8727-8  
Depósito legal: M. 5.826-2014  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Muerte en el estío
- 50 Los siete puentes
- 72 El sacerdote y su amor
- 94 Dojoji
- 116 Patriotismo
- 148 El termo
- 170 La perla
- 187 Los pañales
- 195 *Onnagata*
- 225 *Senbei* de un millón de yenes



# Muerte en el estío

*La mort... nous affecte plus profondément  
sous le règne pompeux de l'été.*

Baudelaire, *Les Paradis Artificiels*

Una playa, cercana al extremo sur de la península de Izu, aún permanece inviolada para los bañistas. El fondo del mar es allí pedregoso y accidentado, el oleaje un poco fuerte, pero el agua es límpida y el declive suave. Reúne condiciones excelentes para los nadadores.

Por estar completamente fuera de camino, A. Beach no tiene las estridencias ni la suciedad de los lugares frecuentados en las cercanías de Tokio. Está situada a dos horas de ómnibus de Itō.

La única hostería es, prácticamente, la de Eirakusō, que también ofrece casitas en alquiler. Sólo cuenta con uno o dos kioscos de refrescos de los que, generalmente, afean las playas en verano. La arena es blanca y abundante y, a medio camino hacia la playa, una roca, corona-

da de pinos, se inclina sobre el mar como si resultara de la obra de un paisajista. Al subir la marea queda semisumergida por las aguas.

La vista es hermosísima. Cuando el viento del oeste trae la niebla del mar, las islas lejanas se vuelven visibles. Oshima al alcance de la mano y Toshima más alejada y, entre ellas, una pequeña isla triangular llamada Utoneshima. Detrás del promontorio de Nanago yace Cabo Sakai, parte de la misma masa montañosa, que echa profundamente sus raíces en el mar. Más allá se divisan el cabo conocido como el Palacio del Dragón de Yatsu y el cabo Tsumeki, en cuyo extremo sur se enciende un faro por las noches.

Tomoko Ikuta dormía la siesta en su habitación del Eirakusö. Era madre de tres hijos, aun cuando resultaba imposible imaginarlo al contemplar su cuerpo sumido en el sueño. Las rodillas asomaban bajo el corto vestido de lino de color rosa salmón. Los brazos llenos, la expresión confiada y los labios ligeramente curvados transmitían una frescura de niña. La transpiración mojaba su frente y los costados de su nariz. Las moscas zumbaban pesadamente y la atmósfera era semejante a la que reina bajo un techo de metal caldeado. El lino de color rosa salmón se agitaba apenas como si fuera parte de aquella tarde pesada y sin viento.

La mayoría de los huéspedes habían bajado a la playa. La habitación de Tomoko estaba situada en el segundo piso. Debajo de su ventana se balanceaba una blanca hamaca para niños. Se habían distribuido mesas y sillas sobre el césped y no faltaba tampoco una estaca para jugar al tejo. Parte del juego yacía en desorden. No había na-

die a la vista y el zumbido ocasional de una abeja era ahogado por las olas que rompían más allá del cerco donde los pinos se erguían para perderse, luego, en la arena. Un curso de agua pasaba debajo de la hostería, y formaba un estanque antes de hundirse en el océano.

Todas las tardes, catorce o quince patos nadaban y se alimentaban allí, mostrando bien a las claras que eran parte integrante del lugar.

Tomoko tenía dos hijos, Kiyoo y Katsuo, de seis y tres años de edad, y una hija, Keiko, de cinco. Los tres estaban en la playa con Yasue, la cuñada de Tomoko.

Tomoko no sintió escrúpulos al pedir a Yasue que se ocupara de los niños mientras ella se otorgaba un corto descanso. Yasue era solterona. Necesitaba ayuda después del nacimiento de Kiyoo. Tomoko lo había consultado con su marido y había invitado a Yasue, que vivía en la provincia. No había ninguna razón en particular para que Yasue no se hubiera casado. No era particularmente atractiva, pero tampoco fea. Había rehusado pretendiente tras pretendiente hasta pasar la edad del matrimonio. Atraída por la idea de convivir con su hermano en Tokio, había aceptado la invitación de Tomoko. Su familia abrigaba el plan de casarla con una celebridad provinciana.

Yasue estaba lejos de poseer una mente brillante, pero era bondadosa y se dirigía a Tomoko, más joven que ella, como a una hermana menor hacia la cual sentía la mayor deferencia. El acento de Kanazawa había casi desaparecido. Además de ayudar con los niños y en las labores de la casa, Yasue asistía a una escuela de corte y confección en la que cosía vestidos para ella, Tomoko y los chicos.

Sacaba su cuaderno de apuntes frente a los escaparates y copiaba los modelos exhibidos en ellos bajo la mirada reprobadora y también las reprimendas de alguna vendedora.

En aquel momento llevaba una elegante malla verde que no era obra suya, sino una compra efectuada en las grandes tiendas de la ciudad. Estaba orgullosa de su tez pálida, típica de las comarcas del norte, y apenas mostraba las huellas del sol. Los niños habían construido un castillo de arena a orillas del mar y Yasue se divertía haciendo caer la arena húmeda sobre su pierna blanquísima. La arena se secaba de inmediato y brillaba entremezclada con pequeños fragmentos de caracoles. Yasue se limpió bruscamente, atemorizada ante la idea de mancharse. Un insecto semitransparente saltó de la arena y se alejó rápidamente.

Yasue estiró las piernas y se apoyó en las manos. Observó el mar. Grandes masas de nubes se elevaban inmensas en su tranquila majestad. Parecían absorber todo sonido, incluso el clamor del mar.

Era el apogeo del verano, y los rayos del sol se habían vuelto agresivos.

Los chicos se cansaron del castillo de arena y se alejaron corriendo y salpicando. Arrancada abruptamente del pequeño mundo privado y confortable en el que se había refugiado, Yasue corrió tras ellos.

Pero no cometieron ninguna imprudencia. El fragor de las olas les infundía temor. Había un suave declive más allá del rompiente. Kiyoo y Keiko, tomados de la mano, permanecieron sumergidos en el agua hasta la cintura con los ojos brillantes de alegría. Nadaron contra

la corriente, sintiendo la arena suave en la planta de los pies.

–Es como si alguien empujara –dijo Kiyoo a su hermana.

Yasue se aproximó y los instó a no internarse más en el agua. Señaló a Katsuo. No debían dejarlo solo, debían volver y jugar con él. Pero los niños no prestaron atención. Se miraban y sonreían alegremente, tomados de la mano. Tenían un secreto compartido: la sensación de la arena escurriéndose bajo sus pies.

Yasue temía el sol. Miró sus hombros y sus pechos y pensó en la nieve de Kanazawa. Se pellizcó un pecho y sonrió al sentir el calor. Sus uñas estaban demasiado largas y había arena oscura debajo de ellas. Se las cortaría al regresar a su habitación.

No divisó a Kiyoo y Keiko. Debían de haber regresado a la playa. Pero Katsuo estaba solo y su rostro estaba curiosamente tenso. Señalaba algo frente a ella.

El corazón de Yasue latió violentamente. Miró el agua que se retiraba nuevamente bajo sus pies y la espuma en la que, algo más lejos, un cuerpo pequeño y tostado rodaba una y otra vez. Abarcó de un vistazo el pantalón de baño azul oscuro de Kiyoo.

Su corazón latió aún más violentamente. Intentó acercarse a aquel cuerpo como si luchara por desasirse de algo. Llegó una ola más rápida que las anteriores, relumbrió ante sus ojos con un sordo fragor. Yasue cayó en el agua. Acababa de sufrir un ataque cardíaco.

Katsuo comenzó a llorar y un joven corrió hacia él. Pronto se le incorporaron otros jóvenes. El agua lamía sus cuerpos desnudos y oscuros.

Dos o tres personas habían presenciado la caída sin darle demasiada importancia. La mujer se levantaría por sus propios medios. Pero en esas circunstancias existe siempre una premonición que, mientras se acercaban corriendo, parecía indicarles que había algo malo en aquella caída.

Yasue fue llevada hasta la arena ardiente. Sus ojos estaban abiertos y parecían contemplar alguna horrenda visión que hacía castañetear sus dientes. Uno de los hombres le tomó el pulso. Era casi inexistente.

–Se aloja en el Eirakusö –alguien la había reconocido.

Era necesario avisar al gerente de la hostería. Un muchacho del pueblo, decidido a no dejarse arrebatar tan digna tarea, se lanzó a la carrera hacia la casa.

Llegó el gerente. Era un hombre de cuarenta años. Llevaba pantalones cortos y una camiseta gastada. Una faja de lana cubría su estómago. Discutió acerca de la conveniencia de dispensar los primeros auxilios a Yasue en la hostería. Alguien se opuso. Sin esperar ulteriores decisiones, dos muchachos cargaron a Yasue. Una forma humana se dibujaba en la arena húmeda sobre la que había descansado su cuerpo.

Katsuo los siguió, llorando. Alguien lo advirtió y lo tomó en brazos.

Tomoko fue despertada por el gerente que, bien entrenado para su trabajo, lo hizo con toda deferencia. Tomoko alzó la cabeza y preguntó si había sucedido algo malo.

–La señora llamada Yasue...

–¿Qué le ha sucedido?

–Le hemos practicado los primeros auxilios. El médico no ha de tardar.

Tomoko saltó de la cama y siguió al gerente. Habían acostado a Yasue sobre el césped cerca de la hamaca y un hombre semidesnudo se arrodillaba, indeciso, a su lado. Le estaba practicando la respiración artificial. Habían dispuesto a su lado un haz de paja y ramas de naranjo y dos hombres trataban por todos los medios de encender el fuego. Las llamas producían humo, pues la noche anterior una tormenta había humedecido la madera. Un tercer hombre abanicaba el humo para alejarlo del rostro de Yasue.

Su cabeza cayó exánime y Tomoko trató de distinguir, con toda la ansiedad del mundo, si aún respiraba. Los rayos de sol que se filtraban a través de los árboles relucieron en el sudor que cubría la espalda del hombre que estaba a horcajadas sobre ella. Las piernas blancas estaban extendidas sobre el césped y parecían apáticas, completamente alejadas de la lucha que se libraba allí.

Tomoko se dejó caer de rodillas.

—¡Yasue! ¡Yasue!

¿Salvarían a su cuñada? ¿Por qué había sucedido aquello? ¿Qué le diría a su esposo? Sollozante y confusa, saltaba de una pregunta a otra. De pronto se volvió bruscamente hacia los hombres que la rodeaban. ¿Dónde estaban los niños?

—Mira, aquí está tu madre —un pescador de mediana edad llevaba al asustado Katsuo en sus brazos. Tomoko echó una mirada al niño y agradeció al hombre.

Llegó el médico y continuó la respiración artificial. Con las mejillas ardiendo en la despiadada luz, Tomoko apenas sabía lo que estaba pensando. Una hormiga cruzó el rostro de Yasue. Tomoko la espantó con un gesto.

Otra hormiga comenzó a moverse desde el pelo hacia la oreja. Tomoko la espantó también y, desde aquel momento, se dedicó a esa tarea.

Prosiguieron con la respiración artificial por espacio de cuatro horas. Por fin aparecieron señales de que el rígor mortis había comenzado a manifestarse y el médico abandonó la tarea. Cubrieron el cuerpo con una manta y lo transportaron hasta el segundo piso. La habitación estaba a oscuras. Un hombre dejó el cuerpo y corrió a encender la luz.

Exhausta, Tomoko se sintió invadida por una especie de dulce vacío. No estaba triste. Pensó en sus hijos.

—¿Y los chicos?

—Están abajo en el cuarto de juegos con Gengo.

—¿Los tres?

Los hombres se miraron entre sí.

Tomoko los apartó y corrió escaleras abajo. El pescador Gengo, envuelto en un kimono de algodón, estaba sentado en el sofá y enseñaba un libro de figuras a Katsuo, que llevaba una camisa de adulto sobre sus pantalones de baño. Katsuo parecía ausente y no miraba el libro.

Cuando Tomoko penetró en la habitación, los huéspedes, ya enterados de la tragedia, dejaron de abanicarse y la miraron.

Prácticamente se abalanzó sobre Katsuo.

—¿Kiyoo y Keiko? —preguntó ansiosamente.

Katsuo la miró con timidez.

—Kiyoo... Keiko... Todas burbujas... —y comenzó a llorar.

Tomoko corrió descalza hacia la playa. Las agujas de pino la lastimaban mientras cruzaba la arboleda. La ma-

rea había subido y tuvo que trepar por la roca para llegar a la playa. La arena se extendió muy blanca frente a ella. Miró a lo lejos y vio una sombrilla amarilla y blanca abandonada. Era la suya.

Los otros la alcanzaron en la playa. Tomoko se internaba temerariamente en el oleaje. Cuando intentaron detenerla, los apartó violentamente:

—¿No se dan cuenta ustedes? Hay dos chicos allí.

Muchos ignoraban las palabras de Gengo y pensaron que Tomoko se había vuelto loca.

Era difícil concebir que nadie hubiera pensado en los otros dos niños durante las cuatro horas en que habían tratado de reanimar a Yasue. La gente de la hostería estaba acostumbrada a ver a los tres hermanos juntos y, por más trastornada que pudiera sentirse su madre, resultaba extraño que no la hubiera asaltado ningún presentimiento acerca de la muerte de sus dos hijos.

A veces, sin embargo, un incidente de este tipo pone en movimiento una especie de psicología de grupo que permite la transmisión de los más elementales pensamientos. No es fácil permanecer fuera. No es fácil registrar una desavenencia. Al interrumpir el sueño, Tomoko había asumido sencillamente cuanto le transmitían los demás sin preocuparse por preguntar nada.

Durante toda la noche se encendieron fogatas a lo largo de la playa. Cada treinta minutos los muchachos se zambullían en busca de los cuerpos. Tomoko permanecía en la playa, junto a ellos. No podía dormir en parte, sin duda, porque lo había hecho durante la tarde.

Siguiendo la opinión del comisario, a la mañana siguiente no se echaron las redes.

El sol amaneció hacia la izquierda de la playa y la brisa del alba vino a golpear el rostro de Tomoko. Había temido aquel momento. Le parecía que con la luz del día la verdad se mostraría en su desnuda crudeza y que, por primera vez, la tragedia se volvería real.

—¿No cree usted que debería descansar? —dijo uno de los hombres—. La llamaremos si encontramos algo. Confíe en nosotros.

—Por favor, hágalo —insistió el gerente de la hostería con los ojos enrojecidos por la falta de sueño—. Ya hemos tenido bastante mala suerte. ¿Qué diría su esposo si usted enfermara?

Tomoko temía enfrentarse con su marido. Era como comparecer ante un tribunal. Pero tenía que hacerlo. Se acercaba el momento..., y le pareció experimentar presagios de nuevos desastres.

Acumuló coraje para enviarle un telegrama. Ello le brindó una excusa para abandonar la playa.

Al alejarse miró hacia atrás. El mar estaba tranquilo. Un destello plateado resplandeció cerca de la costa. Los peces saltaban y parecían ebrios de placer. No era justo que Tomoko se sintiera tan desgraciada.

Su esposo, Masaru Ikuta, tenía treinta y cinco años. Se había graduado en la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio y había comenzado a trabajar antes de la guerra en una compañía americana. Hablaba un buen inglés y conocía su trabajo. Era más capaz de lo que indicaban sus silenciosos modales. Ahora desempeñaba el cargo de jefe de la sucursal japonesa en una compañía de automoción norteamericana, tenía un coche de la compañía asignado a su uso personal como una forma de

propaganda y ganaba 150.000 yenes al mes. Tenía algunos ahorros, y Tomoko y Yasue, a las que ayudaba una sirvienta que se ocupaba de los niños, vivían cómoda y tranquilamente.

Tomoko envió un telegrama, porque no quería hablar por teléfono con Masaru. Como era habitual en los suburbios, la oficina de correos transmitió telefónicamente el cable apenas recibido. El mensaje llegó cuando Masaru se disponía a partir para su trabajo. Pensando en una llamada de rutina, levantó tranquilamente el receptor.

—Tenemos un cable urgente proveniente de A. Beach —dijo la empleada, y Masaru comenzó a sentirse incómodo—. Voy a leérselo. ¿Está usted listo? «Yasue fallecida. Kiyoo y Keiko desaparecidos. Tomoko.»

—¿Puede leerlo nuevamente, por favor?

Las palabras resonaron otra vez: «Yasue fallecida. Kiyoo y Keiko desaparecidos. Tomoko». Masaru estaba enojado. Era como si, sin saber por qué, hubiera recibido súbitamente la noticia de su despido de la compañía.

Llamó inmediatamente a la oficina y avisó de que no podría ir. Consideró la posibilidad de conducir su coche hasta A. Beach. Pero el camino era largo y peligroso y estaba tan trastornado que no confiaba en su manejo del volante. A decir verdad, acababa de tener un accidente de circulación días atrás. Decidió tomar el tren hasta Itō y un taxi desde allí.

El proceso por el cual lo imprevisible se desliza en la conciencia del hombre es extraño y sutil. Masaru, que emprendía viaje sin siquiera saber la índole del accidente, tomó la precaución de llevar consigo una buena

cantidad de dinero. Los accidentes siempre conllevan gastos.

Tomó un taxi hasta la estación de Tokio. No sentía nada que pudiera llamarse realmente emoción. Más bien lo embargaba una sensación semejante a la que debe de experimentar un detective rumbo al escenario del crimen. Más sumergido en la deducción que en la especulación, temblaba de curiosidad por conocer más detalles sobre el accidente que tan profundamente lo afectaba.

«Habría podido llamarme por teléfono. Me tiene miedo... –Con la intuición de los maridos, Masaru presentía la verdad–. Pero, sea como sea, el primer problema es ir allí y formarme mi propia opinión.»

A medida que se acercaban al centro, se asomó a la ventanilla. El sol de aquella mañana de verano era aún más enceguedor por el reflejo de las camisas blancas que llevaban los transeúntes. Los árboles que flanqueaban la calle proyectaban su sombra verticalmente y en la entrada de un hotel el vistoso toldo blanco y rojo estaba tenso como si la luz del sol fuera un pesado metal. La tierra recién removida por una reparación callejera ya se había vuelto seca y polvorienta.

El mundo que lo rodeaba era el mismo de siempre. Nada había sucedido y era como para creer que tampoco él había sufrido ningún cambio en su vida. Lo invadió un fastidio infantil. En un sitio desconocido se había producido un accidente en el cual no tenía nada que ver, pero que lo había aislado del mundo exterior.

Entre todos aquellos pasajeros ninguno era tan desgraciado como él. Este pensamiento parecía situarlo en un nivel superior o inferior con respecto al Masaru habitual,

y ni siquiera podía definir cuál de los dos le correspondía. Se había convertido en un marginado, en un ser especial.

Cuando un hombre tiene una mancha de nacimiento en la espalda, a veces siente la necesidad de proclamarlo: «Óiganme todos, ustedes no lo saben, pero yo tengo una gran mancha de color púrpura en la espalda».

Y Masaru deseaba gritar a los demás pasajeros: «Óiganme todos, ustedes no lo saben, pero acabo de perder a mi hermana y a dos de mis tres hijos».

Su coraje lo abandonó. Si por lo menos se hubieran salvado los niños... Comenzó a elucubrar distintas formas de interpretación para aquel telegrama. Posiblemente Tomoko, perturbada por la muerte de Yasue, había supuesto que los chicos habían muerto cuando, en realidad, sólo se habían extraviado. Quizás un segundo telegrama había llegado en aquel momento a su casa. Masaru se entregó a sus sentimientos como si el accidente fuera menos importante en sí mismo que su reacción frente a él. Lamentó no haber llamado al Eirakusö de inmediato.

La plaza frente a la estación de Itö brillaba en la luz del verano. Junto a la parada de taxis se encontraba una pequeña oficina del tamaño de una garita. En su interior, la luz del sol se proyectaba despiadadamente y los bordes de las hojas de despacho pegadas a las paredes se curvaban amarillentos.

—¿Cuánto es hasta A. Beach?

—Dos mil yenes —el hombre llevaba una gorra de chófer y tenía una toalla alrededor del cuello—. Si usted no está apurado, puede ahorrar dinero y tomar el ómnibus

que sale dentro de cinco minutos –agregó por gentileza o, simplemente, porque emprender viaje le costaba demasiado esfuerzo.

–Estoy muy apurado. Una persona de mi familia acaba de morir allí.

–¡Oh! ¿Es usted un pariente de la gente que se ahogó en A. Beach? ¡Qué barbaridad! Dicen que se trataba de una mujer y dos chicos...

Masaru se sintió mareado bajo el sol. No volvió a dirigir la palabra al chófer hasta llegar a A. Beach.

No había ninguna particularidad notable en el paisaje que iban cruzando. El taxi se encaramó primero sobre unas montañas polvorientas y pasó a las siguientes, con breves apariciones del mar. Cuando adelantaron a otro coche en un paso estrecho del camino, las ramas de los árboles golpearon como pájaros asustados en la ventanilla semiabierta y arrojaron arena y suciedad sobre los impecables pantalones de Masaru.

Masaru no sabía cómo enfrentarse con su mujer. No estaba seguro de que hubiera algo como «un encuentro natural». Ninguna de las emociones que lo embargaban parecía encajar en algo semejante. Quizá lo antinatural era, en efecto, natural.

El taxi cruzó la oscura y antigua verja del Eirakusö. Cuando se acercó a la casa, el gerente corrió hacia ellos con un repiquetear de zuecos de madera. Masaru buscó automáticamente su billetera.

–Soy Ikuta –dijo.

–Una cosa terrible –dijo el gerente, inclinándose profundamente. Después de pagar al chófer, Masaru agradeció al gerente y le dio un billete de diez mil yenes.

Tomoko y Katsuo se hallaban en la habitación contigua a aquella en la que habían depositado el ataúd de Yasue. El cuerpo estaba rodeado de hielo traído de Itō y sería cremado en cuanto llegara Masaru.

Masaru se adelantó al gerente y abrió la puerta. Tomoko, que dormitaba, se despertó precipitadamente al escuchar ruido. Su pelo estaba enredado y vestía un arrugado kimono de algodón. Como un criminal convicto, apretó el kimono contra su cuerpo y se arrodilló mansamente frente a él. Sus movimientos eran sorprendentemente rápidos, como si los hubiera planeado con anticipación. Echó una mirada a su esposo y rompió a llorar.

Masaru no quiso que el gerente viera cómo apoyaba compasivamente una mano en el hombro de su mujer. Aquello habría sido peor que ser sorprendido en el más íntimo secreto de alcoba. Masaru se quitó el abrigo y buscó un sitio donde colgarlo.

Tomoko lo advirtió y, tomando una percha, colgó la sudada chaqueta en el ropero. Masaru se sentó junto a Katsuo, quien se había despertado al escuchar los sollozos de su madre y los miraba desde la cama. Luego, sentado en las rodillas de su padre, parecía un muñeco. «¿Cómo pueden ser tan pequeños los niños?», se preguntó Masaru. Era como si hubiera alzado un juguete.

Tomoko sollozaba, arrodillada, en el otro extremo de la habitación.

—Todo fue culpa mía —dijo. Aquéllas eran las palabras que Masaru deseaba escuchar.

Tras ellos, el gerente también lloraba.

—Sé que no es asunto mío, señor, pero por favor no reproche nada a la señora Ikuta. Todo sucedió mientras ella dormía la siesta y, por lo tanto, no tiene culpa alguna.

Masaru se sintió como si hubiera escuchado o leído aquello alguna vez.

—Comprendo, comprendo... —dijo.

Siguiendo las conveniencias, se puso de pie con el niño en brazos y, yendo hacia su esposa, apoyó cariñosamente una mano en su hombro. El gesto le brotó fácilmente.

Tomoko sollozó aún más amargamente.

Los dos cuerpos fueron hallados al día siguiente. Finalmente los encontró un policía que rastrea cuidadosamente la playa. Los peces se habían ensañado con ellos y había dos o tres sabandijas junto a sus pequeñas narices.

Desde luego que este tipo de accidentes iba mucho más lejos que los dictados de las tradiciones; pero es, sin embargo, en estos trances en los que se observa cuán ligadas están las personas a los menores detalles. Tomoko y Masaru no olvidaron ninguna de las respuestas ni el trueque de regalos que exigen las costumbres.

Una muerte es siempre un problema desde el punto de vista administrativo. Los trámites los obligaron a desarrollar una frenética actividad. Y hasta podría decirse que Masaru en particular, como cabeza de familia, no tenía tiempo ni para el dolor. Para Katsuo cada día parecía una festividad en la que los adultos desempeñaban sus respectivos papeles.

Sea como fuere, cada uno seguía su propio camino en aquellos complicados problemas. Las ofrendas para el funeral alcanzaron una cifra considerable. Las ofrendas

son siempre mayores cuando el que desempeña el papel de cabeza de familia es uno de los deudos y no protagonista de su propio funeral.

Masaru y Tomoko estaban sumergidos de algún modo en todo cuanto debía ser hecho. Tomoko no podía comprender cómo aquella pena inconmensurable y aquella atención por todos los detalles podían coexistir. También le resultaba sorprendente comer tanto sin saborear siquiera los alimentos.

Temía por encima de todo enfrentarse con los padres de Masaru, que llegaron de Kanazawa a tiempo para el funeral. «Todo sucedió por mi culpa», se obligó a decir otra vez y, como compensación, se dirigió a sus propios padres:

—Pero ¿por qué deberían sentir pesar? ¿Acaso no soy yo la que he perdido dos hijos? Allí están todos, acusándome. Me culpan y yo debo excusarme ante ellos. Me miran como si yo fuera la sirvienta atontada que deja caer al niño en el río. Pero ¿acaso no fue Yasue? Yasue tiene suerte de estar muerta. ¿Cómo no ven quién ha sido realmente el afectado? Soy una madre que acaba de perder a sus dos hijos.

—Eres injusta. ¿Quién te está acusando? ¿Acaso no era tu suegra la que, entre lágrimas, dijo compadecerte más que a nadie?

—Eran sólo palabras.

Tomoko estaba profundamente insatisfecha. Se sentía como alguien condenado a la oscuridad, alguien cuyos verdaderos méritos pasan desapercibidos. Le parecía que tan tremendas desgracias deberían traer aparejados especiales privilegios. Su principal insatisfacción era ha-